

El renacimiento de la Estructura de la Libertad

Un jueves a las ocho de la mañana, cuando todavía el sol brillaba, el clima era seco y sonaban en parlantes los nuevos éxitos de las estrellas estadounidenses, apareció una brisa húmeda, eliminando el resplandor. Pronto se convirtió en una terrorífica lluvia que acechó a Nueva York.

En esta gran ciudad vivía y trabajaba un joven llamado Juan Pablo, proveniente de Perú. Con un gran esfuerzo y talento había conseguido viajar hasta allí, y estudiar para tener el trabajo de sus sueños: ser científico.

Juan Pablo trabajaba en una oficina ubicada a las afueras del océano.

Pasó un tenso momento, pero él no sabía por qué. Repentinamente, todo empezó a temblar. Sonó la alarma de emergencia, una alarma a la que todos temían. El sonido causaba escalofríos. Sentían el sudor recorriendo su frente, y, apenas pudieron, salieron corriendo. Todos, excepto Juan Pablo.

Al poco tiempo, Juan Pablo se dio cuenta de que no era un terremoto. Alzó su cabeza fría por la vitrina rota y vio que la Estatua de la Libertad había cobrado vida. Una mezcla de pensamientos y emociones diferentes se apoderaron del joven. Por un lado, solo tenía ganas de gritar hasta quedarse sin voz y de correr, aunque pensaba que nunca lo lograría y que acabaría enterrado en los polvorosos y duros escombros. Pero su faceta de científico lo obligaba a quedarse allí, observando lo que pasaba, para conseguir alguna forma de registrar lo que estaba viendo y que todos pudieran ver lo mismo que él había observado. Además, encontraba una parte de él que se reflejaba en la estatua de cobre oxidado, un intenso turquesa. Juan Pablo se sentía raro.

Sumido en sus pensamientos, no se percató de la llegada de un fuerte chorro de agua, cargado de piedras y pedazos de cemento. Este chorro hizo que la mampara del edificio se rompiera por completo. Escondido entre algunos escritorios rotos, Juan Pablo abrió los ojos. Sentía mucho dolor en sus heridas. A pesar de estar asustado, resistió el ardor, hizo crecer su nivel de curiosidad y se armó de valor para descubrir lo que estaba pasando. Se asomó por la mampara rota.

Un brusco movimiento repentino, que parecía más que un temblor, sacudió al científico. Juan Pablo se había caído. Sentía que su vida se iba a acabar. Sus sueños y planes se desvanecieron por un instante y sólo quería cerrar los ojos.

Sintió que en menos de cuatro segundos de la caída, una mano gigante de bronce estaba abriendo su palma. Temiendo sufrir terribles lesiones, Juan Pablo hizo lo que pudo para sostenerse al pulgar antes de caer. No sabía qué era, pero lo que sí sabía era que no iba a morir y que se quedaría hasta que alguien lo encontrara y lo salvara.

A pesar de estar aferrado al dedo, el impacto fue fuerte y le costaba respirar. Luego de recuperarse y procesar lo que había pasado —lo cual le tomó poco tiempo—, se levantó con un intenso vértigo al contemplar la hermosa y ahora desastrosa ciudad en la cual anheló siempre estudiar, y ahora tal vez, encontraría su fin: Nueva York. Con desesperación, miró los edificios destrozados y las calles anchas así como angostas que se inundaban.

Recordó, temeroso, lo de la estatua. Volteó lentamente su cuerpo, al ritmo de su cabeza. Paralizado, se dio cuenta de que estaba sostenido por la Estructura de la Libertad.

Se preguntó por qué lo había salvado, ignorando todo lo demás por un momento. Al hacer contacto con sus tiernos y grandes ojos por primera vez, pensó que su objetivo era destruirlo todo. Estaba impactado y como era científico, se le complicó responder esta pregunta: ¿cómo es posible que una estatua cobre vida?

Emi Chávez Fernández Prada

Emilio López Lack

Adriana Rivera Vega

Sexto de Primaria